

Nicolás Copérnico (1472 - 1543)

Al lector, acerca de las hipótesis de esta obra.

“No pongo en duda que ciertos eruditos -una vez divulgada la novedad de las hipótesis de esta obra, de que la Tierra se mueve y que el Sol está inmóvil en el centro del universo- se sentirán profundamente ofendidos y pensarán que no es conveniente conmover las disciplinas liberales firmemente establecidas desde hace mucho tiempo. Sin embargo, si quisieran examinar la cuestión correctamente, descubrirían que el autor de esta obra no ha cometido nada digno de reproche. En efecto, es propio del astrónomo examinar la historia de los movimientos celestes a través de una diligente y concienzuda observación y, luego, idear o imaginar cualesquiera causas o hipótesis de ellos -ya que de ninguna manera podrá alcanzar las verdaderas- sobre la base de las cuales podrán calcularse correctamente dichos movimientos de acuerdo con los principios de la geometría, tanto en el futuro como en el pasado. Y estas dos tareas han sido cumplidas brillantemente por el autor. Pues no es necesario que esas hipótesis sean verdaderas, ni siquiera verosímiles, sino que es suficiente una sola cosa: que proporcionen un cálculo de acuerdo con las observaciones, a menos que seamos tan ignorantes de la óptica y de la geometría para tener por verosímil el epiciclo de Venus y creer que sea la causa de que a veces preceda y a veces siga al Sol, cuarenta partes (del círculo) o más. Porque a nadie se le ocultará que, sobre este supuesto, se sigue necesariamente que en el perigeo el diámetro de esta estrella parecería más de cuatro veces mayor -y su mismo cuerpo más de dieciséis- que en el apogeo, hecho que contradice la experiencia inmemorial. Por otra parte, en esta disciplina existen otras cosas no menos absurdas, que no es necesario discutir en este momento. Es harto evidente que este arte, completa y simplemente, ignora la causa de los fenómenos. Y si inventa algunas -como en realidad las inventa, y en gran cantidad- de ninguna manera lo hace a fin de convencer a nadie de que sean reales, sino tan solo para fundamentar un cálculo exacto. Ahora bien, puesto que a veces se ofrecen diferentes hipótesis del mismo movimiento (tales como la excentricidad y el epiciclo en el movimiento del Sol) el astrónomo adoptará la que resulte más fácil de comprender. El filósofo quizá exigirá más bien la verosimilitud, aunque ninguno de los dos llegará a comprender nada de cierto, ni podrá enseñarlo a menos que le sea revelado por la divinidad. Permitamos, pues, que estas nuevas hipótesis sean conocidas entre las viejas, no más verosímiles (que las nuevas), principalmente porque son admirables y fáciles, y llevan consigo un tesoro inmenso de sapientísimas observaciones. Y que nadie, en lo que a las hipótesis se refiere, espere de la astronomía nada de cierto, ya que ella no pretende nada semejante, no sea que -si toma por verdaderas cosas destinadas a otro uso- resulte más ignorante a alejarse de esta disciplina de lo que era

cuando se aproximó a ella. Vale”¹.

Libro I
Prólogo

“Entre las muchas y diversas ocupaciones literarias y artísticas de las cuales se nutre la inteligencia humana, pienso que principalmente deberíamos abrazar y estudiar con máximo empeño aquellas que se refieren a las cosas más elevadas y dignas de conocimiento. Estas son las que tratan de las divinas revoluciones del mundo y del curso de los astros, así como de las magnitudes y distancias, del orto, del ocaso y de las causas de los demás fenómenos del cielo, sin dejar de explicar, por último, la forma total. Pues, ¿qué podría ser más hermoso que el cielo, que contiene todas las cosas hermosas?; tal como lo ponen de manifiesto los mismos nombres *caelum* y *mundus*, el primero de los cuales se refiere a «lo labrado bellamente» y el segundo a la «limpieza» y al «ordenamiento». Y es a causa de su máxima excelencia que la mayoría de los filósofos lo han llamado «dios visible». Por lo cual, si la dignidad de las artes se midieran con arreglo a la materia que tratan, sería con mucho la más excelente aquella que algunos llaman astronomía; otros, astrología y muchos de los antiguos denominaron «perfección matemática». La astronomía, cabeza de todas las artes liberales, la más digna del hombre libre, se apoya en casi todas las ramas de la matemática: aritmética, geometría, óptica, geodisea, mecánica y otras, si las hay; todas se refieren a ella. Y como es propio de las artes liberales alejar el espíritu humano de los vicios y encaminarlo hacia las cosas más elevadas, ésta lo puede hacer más perfectamente, a causa del increíble placer espiritual que proporciona. Pues quien se consagre a estas cosas con asidua contemplación e intimidad, viéndolas en perfecto orden distinguidas por la voluntad divina, no podrá dejar de verse inclinado hacia las cosas mejores ni de admirar al artífice de todas ellas, en quien reside toda felicidad y todo bien. El divino salmista no habría confesado en vano que se deleita en la obra de Dios y que se extasía en la factura de sus manos, a no ser que, por estos medios, a la manera de en vehículo, fuéramos conducidos a la contemplación del sumo bien”².

1 Copérnico, N. Prólogo al Libro Primero de *Las revoluciones de las esferas celestes*. EUDEBA. Buenos Aires, 1965. Pgs. 35-36.

2 *op.cit.* Pgs. 47-48.